

Poemas

Zel Cabrera

Álbumes familiares

En las fotos nunca somos quienes somos;
en mis fotos la parálisis nunca sale,
nunca ha salido reflejada,
porque así son los retratos,
hechos para permanecer quietos
inmóviles, estoicos.

Y yo que nunca entendí cómo estar quieta,
veo los álbumes familiares
intentando encontrarme,
más bien, reconocirme.
Acaso los zapatos ortopédicos,
un gesto distinto;
mi madre llevándome en carriola a todas partes,
mis primos tomándome de la mano;
mis abuelos cargándome en hombros,
para romper una piñata: ahí está la parálisis,
en mi memoria, en la memoria de los otros.

Veo esas fotografías y todo parece claro
porque las fotografías de los álbumes,
no son exactas, como yo,
cuando intento meter una aguja en el ojal.
Entre mis virtudes, la exactitud no es parte de esa lista,
me va mal cuando se trata de jugar al tiro al blanco,

o lanzar una bola de boliche,
soy mala, pero lo intento porque entre mis virtudes
si está la persistencia,
intentar algo hasta que salga,
hasta que el movimiento no parezca tan torpe.

Autobiografía

Nací con los cordones umbilicales atados en la garganta,
a las 10 de la mañana de un 6 de febrero de 1988,
si me preguntan, aquella mañana los diarios
repartieron noticias como cualquier otro día.

Alguien desayunó huevos y fruta aquella mañana,
mientras mi madre entraba en labores de parto.

Una señora compraba pan y café en la esquina del sanatorio,
mientras mi padre esperaba a que naciera su hija.

En la casa de los abuelos, un par de veces sonó el teléfono,
alertando de una nueva noticia: ya nació, ya es.

A sus 34 años, mi madre anestesiada en un quirófano
soñaba en otro idioma mi vida,
mientras un par de pinzas me sacaba,
ignoró aquella burda tarea de los doctores,
porque quizá mi madre pudo advertirles:
¡Cuidado, que el diablo se esconde en los detalles!
Se trata de la vida, imbéciles.

Pero mi madre soñaba con un árbol de limones,
se soñaba cantando canciones de cuna a lado de mi cuna:

*a la rorro nena,
a la rorro ya,
duérmase mi niña,
duérmase me ya...*

No pudo decirles que aquella falta de paciencia
iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

En un sanatorio de provincia, los primeros llantos
se demoraron,
 cinco segundos,
 diez segundos,
 quince, veinte, treinta,
 un minuto.

Pero esos doctores apenas notaron aquella lesión,
aquella tardanza de oxígeno que un año después diagnosticarían,
aquella falta de músculos, de precisión, de movilidad:
“la niña no va a caminar
 y es probable que no vaya siquiera a vivir,
 estos niños así son”.

Llegando a la vida tarde, respirando pausadamente.
quizá esto que escribo lo estoy escribiendo tarde,
es probable que esté llegando a estas conclusiones
tarde, como el aire a mis pulmones a la hora de nacer,
como encontrar las palabras correctas,
reconociendo que la tardanza es una forma de vida,
otra de la que pocos conocen las reglas. 🏰